

# La otra ruta al llano

*El Morro – Aricagua – Capitanejo: de los Andes al Llano, de Mérida a Barinas. Es uno de los caminos de los pueblos de sur, una vía parte improvisada, parte planificada que intenta comunicar algunos pueblos andinos con la actividad comercial y pecuaria del llano venezolano. Alternativa al turismo y atención al impacto ambiental.*

Más allá de la ciudad de Mérida, más allá de las verdes murallas que la rodean, se extienden innumerables cadenas de montañas, hijas regadas de la Cordillera de Los Andes. En uno de estos laberintos está ubicada la región de Los Pueblos del Sur, conjunto de comunidades que están interconectadas por medio de carreteras y picas (caminos aptos para bestias), y tienen salida terrestre a otras zonas del estado, y también a Táchira y a Barinas.

Varias rutas de aventura, ideales para bicicleta, motos y 4x4 atraviesan la región de un extremo a otro, como lo hace la de El Morro – Aricagua – Capitanejo, Socopó, que comienza en un paraje cercano al pueblo de El Morro, a 40 kilómetros desde Mérida, y termina sobre tierras barinesas en Capitanejo, 130 kilómetros de Barinas.

## Inicio desde el frescor

Fueron cuatro jornadas hasta Barinas. Comenzamos a unos 2900 m.s.n.m, en el sector llamado La Cabrera. Se trata de un paraje bastante elevado, cercano a la cima de una montaña. Muy abajo ha quedado El Morro, por donde hay que pasar para llegar hasta allá. La zona es fresca y semiárida, notable por la cría de ganado caprino. Al avanzar, se vuelve más boscosa. El recorrido de este tramo, alejado del bullicio del mundanal ruido, resulta enormemente placentero, pues el camino es prácticamente plano durante unos cuantos kilómetros y desde aquí pueden observarse otras montañas que se elevan a lo lejos. Unas, cubiertas de bosques y sembradíos, son asiento de dos pueblos representativos del sur merideño: San Pedro y Acequias; otras, con apenas vegetación xerófila, muestran su tierra multicolor, donde predomina la gama de los matices cálidos. Desde este punto y durante todo el



recorrido hasta la vía nacional en Barinas, la ruta es una carretera principalmente de tierra, que está habilitada para el tránsito de vehículos rústicos al menos hasta Aricagua. El sendero de La Cabrera termina abruptamente en un duro ascenso de un kilómetro o más, por un cañón en el que "Zeus amontonador de nubes" resopla con violencia continua.

El fin de la subida marca el límite entre los bosques de páramo y la selva nublada. Tras llegar a la preciada cima no caerá nada mal un buen descanso, voltear gratificadamente hacia atrás para observar el trayecto cumplido, y luego deleitarse en el descenso que se explaya hacia adelante. Con el descenso la ruta se ve rodeada de selva. Los matices de verde son innumerables, y



vivos. El terreno es escarpado y, con frecuencia, también lo es la carretera. Numerosos ríos surcan el valle y sus montañas, haciéndolas más y más profundas. A veces hay que vadear riachuelos; otras, puentes altos y cubiertos de musgo agregan vértigo al cruce de corrientes más caudalosas. Las cascadas se desploman como líquidos cinceles sobre la roca viva.

### Húmedos senderos

En época de lluvia (como es el caso), las precipitaciones



casi constantes agregan aún mayor humedad al tramo. La neblina cobra tanto espesor que la vista no llega de una curva a la otra y los árboles se diluyen blanquecinamente ante la mirada. Uno no sabe cuánto ha descendido o si hay cerca otra montaña o si la voz de los pájaros procede de diez metros de distancia, o de cien. Un resonar constante de ríos marca su eco desde alguna profundidad indeterminada.

Más tranquilidad no se puede pedir; tampoco más comodidad. Sólo descender y descender, y detenerse en cualquier parte a ubicar la alharaca de una bandada de loros o a mirar con detenimiento una flor extraña. Y continuar con el descenso. El único trabajo es disfrutar el momento

mientras la bicicleta cumple su peregrino trabajo. Eso sí es vida. De vez en cuando, el largo bramido de los monos araguatos se deja filtrar desde el fondo de las montañas. En general, hay pocos ascensos, son cortos aunque empinados. Algunos puntos del camino particularmente inclinados han sido cubiertos con calzadas de cemento, facilitando el agarre de los vehículos, en especial durante las lluvias, y ayuda a conservar en buen estado la carretera. Comparativamente, esta es una vía bastante cuidada. Sin embargo, es la naturaleza quien decide cuándo hay paso siquiera para una bicicleta,



pues una crecida de río o un árbol caído pueden cortar el camino en cualquier momento.

Luego de unas horas, la carretera va alcanzando el fondo del valle. La neblina ha quedado atrás. Los ríos que antes dibujaban curvas enrevesadas en las montañas se han unido en uno solo, caudaloso como todos ellos juntos: el Aricagua. Unos kilómetros adelante se encuentra el pueblo homónimo. Son las 4:00 p.m: 80 kilómetros desde Mérida, 35 desde El Morro. Fin de la primera jornada.

## II

Abundante lluvia hasta el amanecer. La vía entre Aricagua y El Morro, recorrida por nosotros un día antes, amaneció impracticable. Igualmente la ruta hacia la aldea Los Azules. El otro contacto carretero, el de Capitanejo, también resultaría estar cortado por los desbordamientos, tal como lo evidenciamos durante el día. El pueblo se encontraba incomunicado



por sus vías terrestres. El río Aricagua estaba muy crecido; río centauro: gigante como río llanero, vertiginoso como río andino.

Al consultar a los lugareños acerca de la ruta, nos pronosticaron dos ascensos difíciles antes de llegar al llano. Lo demás, según ellos, sería pura travesía. Atrás quedaron las montañas del día anterior, elevadas como una sola muralla selvática; adelante, se

multiplican nuevamente, apiñándose una contra otra. Ahora sus dimensiones son menores pero colosales.

El camino se encarama en las montañas que lo bordean. Alternan largas subidas y profundas bajadas. Camino de tierra casi en un 100 por ciento. Aparte de los charcos que dejan hundir las ruedas casi hasta la mitad, las lluvias nocturnas han dejado un elemento imprevisto: ríos crecidos y deslaves



Fotografías: Darío Lora / José Alexander Bustamante-Molina

socavaron numerosos tramos. En algunos cruces los ríos aún están algo crecidos y hay que vadearlos a pie levantando la bicicleta para que no se moje el equipaje.

### Pies de barro

En otros lugares el sendero se ha vuelto un río en sí mismo, pues el agua desbordada se ha encauzado dentro de éste. Pero el punto peligroso está en los deslaves que deshicieron tramos de hasta cincuenta metros,

y dejaron apenas un pequeño borde fangoso, desplomándose poco a poco. El paso es lento. Hay que tener cuidado de dónde se pisa. Las piernas se sumergen hasta las rodillas. Un poco de adrenalina adicional para la aventura.

Una enorme montaña es sin duda la primera subida difícil indicada por los aricagienses. Nos llevó más de dos horas remontarla desde la base y rodear su cima, hasta la encrucijada. Desde esta elevación puede observarse gran parte de la



ruta cumplida; también, una buena parte de lo que resta por andar, otro valle por cuyas montañas habrá que descender. A lo lejos, las últimas alturas perceptibles revelan las marcas del mismo camino que estábamos pisando.

Al consultar sobre la distancia hasta el llano, los pobladores nos advirtieron que ese mismo día no cubriríamos sino la mitad del trayecto, si conservábamos un buen ritmo, y nos aconsejaron pedir posada en las primeras casas que encontráramos, pues serían las únicas hasta llegar a tierras llanas. Comenzaba la tarde, el factor tiempo había cambiado y aceleramos el paso

para evitar que la noche se nos adelantara. Larguísima des-censos con un río diferente en cada curva. El ambiente se había vuelto más seco. Muy pronto, una imagen se deja ver desde el fondo del paisaje: un pedacito de llano aparecía débilmente entre dos montes. Pero no lo volveríamos a ver en toda la jornada. Estaba lejos aún.

### Mirar las heridas

En estas remotas estribaciones, llenas de vida natural y tan alejada del mundo urbanizado, evidenciamos más que en otros puntos del recorrido, un espectáculo terrible: muchas montañas completamente deforestadas. En sus laderas apenas quedaban algunos troncos de lo que antes había sido selva exuberante,



transformada ahora en negras estacas. Estos parajes son deforestados con la finalidad de ampliar el terreno de pastoreo para el ganado vacuno y vender la madera. Quizá sea el relativo aislamiento lo que mantiene oculto este hecho para la mayoría de las personas. También es parte de la excursión, pero nos sirve para tomar conciencia de cómo andan las cosas un poco más allá de nuestras ciudades.

Hacia el final de la tarde encontramos la primera casa, inmediatamente después de cruzar un inmenso río, llamado

por los lugareños Río Grande y que en los mapas lleva el nombre de Caparo. Dos muchachos salieron al encuentro. Era el momento de parar. Nos dieron hospedaje y comida. El don de la hospitalidad. Eran las 6:00 p.m. 25 kilómetros desde Aricagua. Fin de la segunda jornada.

### III

Desayunamos y continuamos el recorrido, esperando por fin alcanzar el llano. Trasmontamos el primer cerro, y bajamos hasta un río, conocido como Río Chico, por comparación con el anterior. Muy cerca se encuentra la segunda casa, y de allí en adelante el último gran ascenso de tres horas. Se trata de la subida más empinada del viaje, que no es poco decir. En lugares como este uno se siente como una pequeña hormiga. El lugar es selvático. Los árboles alcanzan dimensiones descomunales.

Flores de todas especies y tamaños a la orilla del camino. Plantas que comienzan a crecer en todo espacio donde no haya otra planta: tierra, troncos, piedras. Bandadas de tucanes emiten sus cantos monótonos y dulces a menos de diez metros de distancia. Se respira exuberancia. Una vez en la cima, pueden observarse, al norte, muchas de las alturas ya recorridas, hasta la encrucijada del día anterior. Detrás de éstas, sierras mucho más elevadas aún, por las que pasamos al inicio de la primera jornada.

### El imperio del horizonte

Hacia el occidente, puede verse parcialmente, entre las montañas, el embalse de la represa Uribante – Caparo, ubicada en los límites de Mérida, Táchira y Barinas. Y hacia el sur, el paisaje más anhelado: el llano en toda su magnificencia, abierto de extremo a extremo como un

gran mapa en tamaño natural. Carreteras, pueblos, fincas, ríos, diseminados cartográficamente hasta el horizonte. Deleite para la vista y premio al esfuerzo.

Después de un buen descanso, el último descenso. Y como tal, hay que disfrutarlo. Y vaya que es largo: desde esta cima bajamos varias montañas, amontonadas una sobre la otra, bordes colosales de la cordillera. Horas después tocamos el llano. Un nuevo regalo: ríos llaneros, excelentes para refrescarse y reponer energías. Un camellón nos condujo apaciblemente hasta la carretera nacional Táchira – Barinas, donde se ubica el pueblo de Capitanejo. 4:00 p.m. 25 kilómetros más. Carne en vara en el primer restaurante, 30 kilómetros de Socopó, donde dormiríamos esa noche y casi 100 kilómetros de dicho pueblo a Barinas, al día siguiente.

Pero esa es otra historia. ☐

